

Rivadavia labrador*

Andrés Ringuelet

A COTA Martínez Estrada: desde Rivadavia nadie ha sido aquí un pensador social si exceptuamos a Etcheverría, Gutiérrez y Alberdi. Su fervor a la verdad, su consagración a la obra nacional, su respeto a los derechos individuales y su *pudor* por el *fuero popular* dan al prócer jerarquía de arquetipo monitor.

Y es así: la devoción por la verdad, ese privilegio de espíritus equilibrados, es fruto de una moral sana. Palcos nos dijo hablando de Rivadavia: "Coloca el sentimiento de moralidad al lado del de igualdad y hace de ambos la esencia del sistema republicano". Y prosigue: "La virtud constituye el principio cardinal de las democracias". Yo diría la razón y la esencia del sistema democrático...

"Los próceres —es otra frase feliz de Palcos— concretan las virtudes de los pueblos". Es cierto, pero en hombres como Rivadavia, que por su sensibilidad y acción convive, siente, se compenetra hasta encarnar a su pueblo.

Rivadavia era el *pensamiento* y el *sentimiento* de los hombres de Mayo en marcha: la fuerza activa. Un espíritu tal tenía que transmutar en su ideal y concretar en su obra, las preocupaciones, los afanes, los dolores y las pasiones de la comunidad, del pueblo. De ese pueblo que él integra, entre el cual y con el cual vive.

Así surge Rivadavia como prototipo de ciudadano, expresión real de los sacrificios que se intercambian *entre* los hombres; cuando *el hombre* se sobrepone a su estructura individualista y a su egoísmo biológico para darse a la convivencia y formar una comunidad. Cuando el lazo entre los seres supera la fuerza de atracción que predetermina la perpetuación de la especie; cuando sobre los imperativos orgánicos y los afectos del grupo sanguíneo aparece la solidaridad. Cuando madura la fraternidad, sentimiento de supremo altruismo que brinda sin esperar pagos, que ofrece sin exigir retribuciones, que beneficia sin demandar reconocimiento.

La solidaridad —que es actitud de perpetuo desprendimiento— hace por la simple y gran satisfacción de hacer el bien; porque se cree, y se está convencido que los demás tienen igual derecho a participar de la vida; "y que todo privilegio es un atentado a la libertad".

Mas la solidaridad —lealtad franca para con los demás —, ya que al obrar para los demás se somete al juicio público, se debe rendir cuenta al juez inapelable: el pueblo.

Así entendía y ejercía la potestad social este "alambicado" y "aristócrata" Rivadavia. Bernardino Rivadavia practicaba la convivencia como expresión superior de su conciencia civil. El sa-

* Disertación hecha en el ciclo efectuado en la Facultad de Agronomía de La Plata, con motivo del sesquicentenario de la Revolución de Mayo.

bía que existiendo la solidaridad, la vida social es perfecta y sobrevivirá a cualquier contingencia.

Pues bien, la democracia concreta políticamente esa aspiración fraternal en la fórmula de Lincoln: gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo...

El Gobierno supremo en manos de cada ciudadano; la *soberanía popular* como carácter orgánico, irrenunciable e inseparable de la personalidad del hombre libre. Del hombre con responsabilidad propia, que puede autogobernarse porque tiene conciencia; que ha dejado de ser una bestia impulsiva... y no quiere ser un autómeta, un muñeco o una tuerca.

“El Estado gobierna pero el pueblo manda” es el concepto democrático del pueblo vasco. Y ese es el sentido, el nervio y la fuerza de nuestra vieja Constitución.

Lo garante la letra de su preámbulo, lo respalda el pensamiento de los hombres que la redactaron. Y lo fundamenta nuestra historia desde que el país comenzó a organizarse, desde que Rivadavia comenzó a vertebrar los ideales revolucionarios de Mayo.

Porque Rivadavia fue, sin metáfora, la luz estelar que señaló el derrotero y, a la vez, el impulso que abrió el surco... asómbrense: el surco argentino, sí: ese Rivadavia “diletanti y snobista” y “atarantado” estaba —como Alberdi y Echeverría— bien *plantado*, con los pies en nuestra pampa y la mirada en el cielo.

Rivadavia es un hombre— símbolo, pero de carne y hueso; no el genio surgido por inspiración divina o generación espontánea; porque se hizo sencillamente, por su propio esfuerzo.

paciente y vigoroso esfuerzo. Por su empeño, por su tosudez en educarse y ser alguien.

El es el primer autodidacto entre los próceres argentinos. (Razones de fuerza mayor le impidieron cursar estudios universitarios. Mediten los vanidosos del profesionalismo que hacen del título un distintivo grato a sus veleidades versallescas; anidemocráticas).

Rivadavia, cuya cultura se labró con la sola pasión por la lectura, Rivadavia educado sin maestros y carente de título profesional, crea la *primera universidad argentina*; y le imparte cabal y verídico sentido universitario. Este Rivadavia *sin título*, pero con cultura universitaria; que no cursó estudios oficiales pero creó la primera universidad argentina fue por ello, además de un virtuoso moral un virtuoso intelectual: un hombre moral e intelectualmente adulto.

Si Rivadavia llegó a culminar por su civismo inalterable y limpio; y llegó a influir sobre tres generaciones con su ejemplo, no lo fue por artes diabólicas, ni por medio de la baja politiquería o el procedimiento bastardo de no preocuparse por el medio con tal de trepar a un fin.

Honradez, carácter, capacidad de sacrificio y total consagración a su ideal fueron las herramientas que utilizó Rivadavia para luchar.

De vida cristalina, sin empañaduras, sano, incorruptible —por natural repugnancia por el mal— incapaz de robar, de ofender, de hacer daño, de medrar a expensas del bien público: esos son los defectos del “mulato” Rivadavia.

MIRADOR

Y además, por añadidura: capaz de ser pobre, de luchar pobre, vivir pobre en el cargo oficial y de continuar pobre al retirarse... y capaz de sacrificarse por su país aún cuando el gobierno lo persiga y lo castigue.

De carácter inflexible, severo hasta la intolerancia si el desmedro del funcionario afecta el honor que le depositara el pueblo al elegirlo; pero sobre ello su capacidad de sacrificio, virtud de renunciamiento y virtud de consagrarse a su pueblo.

Recordemos un episodio de su vida: Rivadavia fue partícipe, desde su infancia, de una dolorosa tragedia familiar, y, a través de tan penoso sacudimiento íntimo apreció, en todo su valor, el significado de la unidad.

Y "con el mismo recato —son palabras de Palcos— igual paciencia e idéntica perseverancia, se obstina, luego, en lograr la unidad nacional. Con el afecto y la persuasión. No por el odio y la violencia".

Ironía del destino: al estallar la Revolución hubo de enfrentar a la propia familia, hasta lograr que su esposa —hija de virreyes— se quitara la partícula nobiliaria del apellido.

No obstante, los historiadores creyeron encontrar en Rivadavia, veleidades monárquicas. Pero la misma historia se ha encargado de desdecirlo. Desempeñábase como enviado especial ante el gobierno de Francia; en ese entonces la presión de los sectores reaccionarios ingleses logró avivar un movimiento contra los países americanos. Aquellos reclamaban la suspensión de los envíos subrepticios de armas a los gobiernos revolucionarios.

Rivadavia —apreciando las consecuencias funestas de tal política— fue-

se a Londres a convencer a las autoridades y, gracias a ello, el apoyo no sólo fue negado sino acrecentado.

Es, en ese momento, cuando el gobierno de Sarratea, considerándolo enemigo peligroso de la causa revolucionaria, le anuló *por sí* la representación que investía en el extranjero y anuló la pensión acordada a su esposa, en Buenos Aires.

Para Rivadavia: "El honor de la patria importa un honor que se paga con sinsabores, superados por una constante y silenciosa abnegación".

De su gestión anterior en España, con Sarratea y Belgrano, para coronar al Infante —cuyos pormenores no es el caso discutir ahora— basta el párrafo de la comunicación de Rivadavia al Gobierno de Buenos Aires: "Salgo para Madrid a cumplir mi *repugnantisima* comisión".

Mas tarde, es Rivadavia quien intercepta la propuesta de Alvear al Ministro de Relaciones Exteriores Inglés, donde expresaba el deseo del Gobierno de pertenecer a Gran Bretaña.

Y Rivadavia se opuso, desde Europa, a la idea primera de Belgrano de instaurar una monarquía para que Europa tolerase la independencia. Idea que resurgió en el Congreso de Tucumán con la propuesta del Rey Inca.

Pero, con todo, la incertidumbre monárquica —surgida por causas especialísimas en los difíciles momentos previos a la independencia, y aún durante la independencia, estuvo en todos nuestros hombres, incluso en San Martín...

Si para lograr la solución, era necesario un Rey, pues bien... Por fortuna —reflexiona Osorio y Gallardo en su "Rivadavia visto por un español"—

el pueblo, más firme que sus directores (como suele ocurrir casi siempre) no quería Rey y consiguió no tenerle.

Mayo, la quimera estupenda, llevaba, en su exaltación, el germen del desorden, el torbellino, la fuerza ciega del entusiasmo; de un entusiasmo capaz de malograr el ideal entrevisto por los geniales quijotes criollos. Mas, vuelve Rivadavia, de Europa designado ministro, y Mayo pasa a ser un "régimen vertebrado en vertiginosa marcha". La pasión y el entusiasmo de los jóvenes patriotas se transforma en obras, en sucesivos escalones de progreso, verdadera fiebre de construcción.

Rivadavia siembra a manos llenas, en el surco fértil o en el llano estéril; el tiempo lo dirá. Mientras tanto hace, construye.

Del optimismo, de la pureza en las intenciones lo dice su primera ley: ley de olvido, y de perdón por lo pasado, puesta la mirada con fe en el porvenir.

Arquitecto incansable deja sus obras. en 1824, pero regresa Presidente, en 1826, a bautizarlas con estas palabras de profesión de fe cívica: "El genio y el heroísmo, que hasta el presente ha pertenecido exclusivamente a individuos, pertenezca y sea ejercida por toda una Nación".

Así complica, desinteresadamente, en su trabajo tan personal, a todos para que sea el resultado del esfuerzo común, de la unidad nacional.

Es el único "renunciamento" del "mulato" Rivadavia: atribuir al pueblo su obra, transferir su gloria a la sociedad. Aceptar el progreso como **resultado del aporte de cada uno, del**

esfuerzo y el sacrificio de cada ciudadano.

Nada puede el genio sin la comprensión y la colaboración del pueblo. La chispa madurará el calor fertilizante de las masas.

Su inspiración, su genio, está al servicio de la sociedad y su obra fluirá del interés, el apoyo y el aporte de la comunidad. Esta fiebre lírica no pueden perdonársela todos aquellos que esgrimen privilegios y prebendas, precisamente por falta de méritos auténticos.

Imaginad un poco el panorama de la Argentina de entonces cuando Rivadavia se aprestaba a trabajar: un país inmenso y desolado, sin nada, desierto.

Y Rivadavia crea el Banco de Descuentos, regulariza los servicios de correo, construye el puerto de San Fernando, decide el de Buenos Aires y prevé el puerto de la Ensenada que será realidad recién en manos de Dardo Rocha. Establece la Bolsa Mercantil. Crea el Departamento de Ingenieros Hidráulicos y la Caja de Ahorros. Provee de agua corriente a la ciudad Capital. Levanta cuatro ciudades en la costa. Estimula la redacción del Código de Comercio, la inmigración, la agricultura y las industrias agropecuarias. Impone la vacuna. Organiza la Biblioteca Nacional, la facultad de Medicina, la sociedad Literaria y la de Medicina y Ciencias Físicas; la de Amigos del País, de Agricultura y Música. La Escuela de Agricultura, el Jardín de Aclimatación, el Museo de Historia Natural, la Escuela de Topografía, la de parteras, la de declamación y de arte escénico. Los mercados de Abasto.

MIRADOR

Crea becas, incorpora la enseñanza de la economía política, la estadística, la física y la química experimental y la enseñanza de los idiomas. Manda componer la historia de la filosofía de la Revolución de Mayo. Crea la Universidad de Buenos Aires. "No habrá pueblo de la provincia que no cuente con su escuela fiscal".

Reorganiza el Clero y el ejército. Instruye al soldado y al campesino. Suprime los castigos corporales, implantando el método de regenerar a los condenados con la práctica del trabajo.

Funda la policía de campaña llamada a guarnecer y asegurar la frontera.

¿Cómo se condensan sus ideas de gobierno?

Deroga las facultades extraordinarias que el Congreso confirió al Poder Ejecutivo: *porque un Gobierno con facultades extraordinarias es un gobierno fuera del control popular.*

Garantiza la seguridad de la propiedad.

Regula el sistema representativo.

Suprime el Cabildo, por haber jurado secretamente, fidelidad a España.

Restituye la libertad de viajar a los deudores. Deroga el infamante decreto que prohibía unirse en matrimonio a la sangre española con la criolla.

Dispuso la libertad de vientre para las negras esclavas.

Otra "bajeza" del mulato Rivadavia que perfecciona imponiendo dos nuevos criterios sociales: primero, el gobierno garantiza los contratos firmados entre obreros y patronos, avanzado pero justo principio de legislación obrera. Y segundo, corresponde, y queda en manos de la mujer, la dirección y el manejo de la obra social

destinada a la mujer: casas de expósitos, hospitales, casas de partos, escuelas de niñas. Así crea la Sociedad de Beneficencia sobre la cual, la opinión del belicoso don Angel Osorio fue: "todo el mundo está conforme en reputarlo como una gloria de la Argentina".

Y llegamos a la enfiteusis, tan discutida: *si es inspiración genial de este ciclope*, o "una locura de visionario" como lo calificara San Martín, o, una simple y forzada consecuencia de una triste operación financiera...

No entraré en detalles sobre la parcialidad afectiva de los georgistas, con Andrés Lamas, endiosador de Rivadavia. Menos polemizaré con los trabajos que inteligentemente —como los de Comi Emilio— desbaratan la imagen de un Rivadavia socialista.

Solo me pregunto, en homenaje al genio político de Rivadavia, si la enfiteusis era la única escapatoria que le quedaba al gobierno, después de hipotecar sus tierras, después de inmovilizarlas para garantizar el empréstito.

¿Por qué, entonces hubo de luchar tan denodadamente para imponerla. Y Agüero, su ministro, agotar todos los recursos para salir airoso en el debate del Congreso?

Por que Rivadavia no tomó el camino fácil, por ser el habitual, del arrendamiento o de entrega con promesa de de futura propiedad, antes de su peregrina y utópica enfiteusis.

Porque no procedió sencillamente a enajenarla o transferirla al prestamista extranjero, como según sus detractores, lo hizo luego —ya en vigencia la ley de enfiteusis— con las tierras de Patagones, distribuidas en premios.

¿Acaso no tuvo que recurrir a toda la fuerza de su prestigio moral para oponerse, en Londres, al capitalista Barber Beaumont, organizador de la Sociedad Colonizadora de las tierras del Plata, que exigía la tierra en propiedad para sus colonos?... ¡La solución se la daba el mismo país en favor de quienes estaban hipotecadas las tierras!

Pues, un vende-patria, como califica Scalabrini Ortiz a Rivadavia, o un gobernante sin la moral y la capacidad política de Rivadavia, no se hubiera puesto en contra de la corriente, en la peregrina idea de patrocinar una locura.

Que la enfiteusis tuvo sus defectos, su legislación fue deficiente, sus resultados precarios, pues todos lo sabemos por imposición de una historia oficial sincronizada en defensa de la propiedad privada.

Algún día se hará el análisis del pensamiento vertebral de Rivadavia, respecto al problema de la tierra y veremos como la concepción filosófica de la enfiteusis de Rivadavia es actual y universal. Ella nutre o fundamenta la economía racional agraria moderna que diferencia la tierra como medio de producción de la tierra en su condición de piso, o mero sostén físico.

La una valora la tierra de acuerdo a sus condiciones agronómicas, a su capacidad productiva, biológica. La otra por su valor extrínseco que deriva de la oferta y la demanda, la especulación y el monopolio. Valor venal o de agio.

La primera crea el derecho labrantío, derecho al uso de la tierra que tiene quien cultiva el suelo,

que hace producir la tierra. La segunda ampara el derecho natural, pre-existente, de habitación, que tiene todo individuo de habitar sobre una porción de suelo.

La tierra como medio de cultivo se resguarda con la enfiteusis que reserva la propiedad al Estado, como derecho inmanente del pueblo.

La tierra como medio de habitación, acepta el principio de la propiedad privada que el régimen capitalista ha extendido, ha llevado a la tierra agrícola desconceptuando su función y degradando su valor genuino natural, por un valor ficticio, comercial.

La técnica agrícola confirma y corrobora este axioma.

Para honra de Rivadavia su locura fue una concepción genial que hubiera salvado a este país de perder sus tierras en manos de quienes, como el troglodita estanciero don Juan Manuel de Rosas, "es perjudicial y tiránico pretender enseñar al niño porque "se les quita el tiempo de aprender a buscarse el sustento, de ayudar en la miseria a sus padres. Su físico no se robustece para el trabajo; se fomenta en ellos la idea de goces, que no han de satisfacer, y se les prepara para la vagancia y el crimen".

Pero no sólo triunfa el "mulato". Ahora Rivadavia impone condiciones sociales que por cierto no podían ser consecuencia obligada de la tierra hipotecada.

En momentos que Europa se agitaba contra las jornadas inhumanas y salarios de hambre imperantes en las fábricas; aquí, en el desierto salvaje, por voluntad de Rivadavia, Beaumont, inglés y de una Inglaterra fabril, se obliga, por contrato, a proveer a to-

MIRADOR

do colono que introduzca, y por cuenta de la sociedad colonizadora: ropa, alimentos, educación y esparcimiento para el colono y sus hijos. No pudiendo exigir, al campesino, jornadas, en las faenas rurales, de más de 9 horas de duración, ¡eso en 1828! Y es de Rivadavia el fundamento: “una población bien provista es el síntoma de la fuerza y de la prosperidad”.

¿Qué atrasados estamos hoy en relación a la época del “bárbaro” Rivadavia!... ¿Qué gobierno, qué documento, qué hombre después de Rivadavia, estipuló en un contrato del Estado condiciones sociales tan completas: ropa, alimentos, educación, *recreación* y jornada limitada... en el *trabajo rural*?

¿Podrá nuestra apergaminada clase dirigente, nuestros políticos profesionalistas comprender el valor de programa semejante? ¿Sentirán los círculos privilegiados que se infiltran en los gobiernos desde nuestra independencia, las oligarquías de cualquier clase, el sentido moral del documento de Rivadavia?

No; sólo el pueblo puede entenderlo a Rivadavia porque él sufre los problemas que otros sectores dirigen, estudian, experimentan y usufructúan.

En la barbarie moral de hoy, superior y más temible que la barbarie ignorante de antaño, se especula incluso con la salud, la moral, el hambre, la educación y la vida de los semejantes.

Rivadavia comenzó solo: no importa, tenía juventud y una convicción irreductible, nada más. Ni siquiera gallardeaba un título... pero tenía moral, ética, conducta, honradez, honestidad.

Se hizo solo, mas construyó un país para todos. De otra manera no hubiera sido posible a su sensibilidad ciudadana.

Y después le premian, como a San Martín, con el destierro... la máxima ofensa, el máximo sacrificio... por salvar a su patria.

Cuando Oribe levantó el destierro que le impusiera en la isla de Santa Catalina, sus compañeros, a la sazón en Montevideo, lo esperaron inútilmente.

No concordaba con los viejos unitarios y con los nuevos enemigos de Rosas. Demasiado bien conocía las sutilezas de la diplomacia como para dejarse engañar del desinterés de las intervenciones extranjeras. Nunca la mano lista para alcanzar la piedra viene limpia de intenciones; las independencias, las conquista el pueblo cuando madura sus inquietudes y el pueblo sabe que puede más y encadena menos el puño hecho arma que el arma en préstamo o arriendo. El tiempo le dio la razón pues Francia, en vez de aniquilar la tiranía, con su fracaso la fortificó.

Y Rivadavia se retira a Cádiz dolorido de la guerra civil, e impotente —como San Martín— para verter una gota de sangre entre hermanos. Es esta otra de las facetas de su limpia argentinidad.

Comprendamos la hermosa lección de este ciudadano ejemplar “que esgrimió —son palabras de Octavio Amadeo— la ley como un sable pero sin hacer del sable su ley”. “Hagamos del juramento que exigió a los profesores, nuestro juramento de ciudadanos: “Defender la libertad e independencia del

país bajo el orden representativo y el único imperio de la ley".

Defender la democracia, cuya síntesis más luminosa hiciera Echeverría en la 5ª lección de su Código, EL DOGMA SOCIALISTA, con estas palabras magistrales: "Nuestro punto de arranque y reunión será la democracia. Política, filosofía, religión, arte, ciencia, industria: toda la labor inteligente y material deberá encaminarse a fundar el imperio de la democracia. *Política* que

tenga otra mira no la queremos. *Filosofía* que no coopere a su desarrollo la desechamos. *Religión* que no la sancione y la predique, no es la nuestra. *Arte* que no se anime en su espíritu, y no sea la expresión de la vida y del individuo y de la sociedad, será infecundo. *Ciencia* que no la ilumine, inoportuna. *Industria* que no tienda a emancipar las masas, y elevarlas a la igualdad, sino a concentrar la riqueza en pocas manos, la abominamos".